

El multiverso pictórico y relacional de Carlos Aragón

(Ayacucho 1915 - La Plata 1990)

Por Nicola Feruglio

La restauración de la pintura mural de Carlos Aragón en el Ministerio de Infraestructura y Servicios Públicos, a cargo de las restauradoras Lofeudo Rosana y Marina Laura Gury (La Plata, Argentina), es una ocasión admirable para reflexionar y revalorizar a este gran artista platense, cuya obra se despliega como un “rizoma deleuziano”, capaz de atravesar horizontalmente y luego superar las experiencias vanguardistas del siglo XX, capaz de oscilar magistralmente entre lo abstracto y lo figurativo (introduciendo igualmente con soltura el action painting), entre realismo y simbolismo, entre necesidades políticas y místicas; y con una mirada siempre asombrada, casi de antropólogo experimental, en cada fase de su arte, siempre ha sabido reivindicar (este es el caso del mural en cuestión), una madura capacidad estética para dar voz a la “territorialidad”: porque si es cierto que los hombres habitan un determinado territorio, también es cierto que el territorio habita a los hombres.

Por lo tanto, no es difícil reconocer cuánto la trayectoria estética de Carlos Aragón está llena de analogías con esa tendencia artística, definida por el crítico de arte italiano Achille Bonito Oliva como “Transvanguardia”: la elección de muchos artistas europeos que, a finales de los años setenta, abandonaron la ortodoxia de las vanguardias históricas y la impersonalidad objetivante del arte conceptual, recuperando el dibujo, la pintura, la citación, la territorialidad antropológica, la visión mística, en resumen, el redescubrimiento del *Genius loci*.

Todo en la pintura de Aragón es “relacional”; es el vínculo relacional lo que otorga identidad a los sujetos; y así es como aparece el mural del Ministerio de Infraestructura y Servicios Públicos, pacientemente constituido por una red de fichas metálicas, sobre las cuales Aragón aplica su pintura al óleo, acrílica y esmaltes sintéticos (una poderosa referencia a los tintes metálicos de los procesos alquímicos), como si el artista estuviera representando la estructura molecular de la realidad, las fichas subatómicas del espacio-tiempo (el campo cuántico, sujeto a oscilaciones y colapsos de formas ilimitadas), sobre las cuales aparecen precisamente como cristalizaciones de formas, las figuras rurales y marítimas del microcosmos pampeano argentino, con en el centro la del jinete errante, del

hombre que atraviesa las fronteras semánticas de la civilización moderna, del hombre ecosófico, portador de una visión y de un ethos, que es el de la “sagrada interdependencia” de todas las cosas: El gaucho, el objetivo favorito de los prejuicios raciales y económicos, que luego se convirtió en un ícono de la cultura sudamericana.

En la sintaxis pictórica del mural, cada trazo negro realizado, fuerte y decidido (que recuerda en intensidad al de Franz Kline o Giuseppe Zigaina), genera una tensión dramática que actúa en el espacio estético, como un sūtra tibetano (सूत्र - hilo), signo que no divide, no fractura, no distancia, sino que cose, asocia, une y sintetiza; trazando así continuas "trayectorias de sentido", que aparecen no tanto como signos del yo dominante, sino como signos del "nosotros" inclusivo.

Un crisol pictórico, que se presenta como un "multiverso psíquico", del cual emerge un biocentrismo maduro y valiente.

“Pionero Pampeano” es el título del mural restaurado, dado a conocer recientemente solo por Cecilia del Carmen Benac y María Cecilia Benac, curadoras de la fundación Carlos Aragón, fundada por la hija Claudia Amelia Aragón, gracias a algunos bocetos y apuntes manuscritos de Carlos Aragón, encontrados en su taller.

El significado de la palabra pionero: “peatón, soldado”, evoca eficazmente la inquietud artística de Aragón: quien explora tierras desconocidas para establecer nuevos asentamientos, aprovechar sus recursos y promover nuevas posibilidades de vidas.

La obra de Carlos Aragón se presenta ante todo como una "forma de vida resistente", que se opone a la desterritorialización neo-capitalista, ese arranque sistemático primero de los territorios y ahora también de nuestros cuerpos biológicos, causado por la digitalización de las relaciones sociales; una "forma de vida resistente" que el artista escenifica, usando el cuadro como pantalla en la que representar nuevas formas relacionales, integrando psíquicamente toda alteridad que, como una ierofanía, se le presenta ante él.

Repensando y rearticulando cada día su relación con el mundo, reivindicando la primacía de “lo posible” sobre “lo factual”, considerando un "arte nómada" y una "ciencia nómada", libres de obsesiones deterministas, capaces ambos de repensar, reaprehender y representar de nuevo el tejido de lo real; Aragón es portador de una cosmovisión estética personal, capaz de reivindicar las raíces fuertemente europeas de su hacer artístico, liberadas sin embargo catárticamente de la patología colonizadora, antropocéntrica y racista, reemplazada por una contemplación e identificación con el pensamiento milenario de las tradiciones indígenas.

Observando obras como: “Los soles”, “Los cuatro elementos”, “Cántico a San Francesco”, “Poesía de la Luna conquistada”, las pinturas de “La serie de la Luz”, “El jardín azul”, “La luz en las manos” y “La luz en el alma”; es imposible por un lado no reconocer cuánto la poética pictórica de Aragón toca una de las cuestiones filosóficas del siglo XX más relevantes: la de la visión energética de la vida (energetismo), que implica superar las visiones rígidas y maniqueas del materialismo y del espiritualismo; y en igual medida es imposible no reconocer una analogía con la declaración poética de Gary Snyder, descrito como el "poeta de la ecología profunda" frecuentemente asociado con la Generación Beat: «Como poeta cultivo los valores más arcaicos que existen, se remontan al Paleolítico tardío: la fertilidad de la tierra, la magia de los animales, la visión de poder en la soledad, la iniciación aterradora y el renacimiento, el amor y el éxtasis de la danza, el trabajo común de la tribu».

¿Cuál es la profesión del artista, del poeta, del performer? Como afirmaba el poeta italiano Mario Luzi: “La poesía añade vida a la vida. Es vida al cuadrado”. Y como ha escrito agudamente Maria Cecilia Benac, la gran finalidad de la obra de Carlos Aragón es la Gnosis (el conocimiento).

La observación de la obra mural “Pionero Pampeano”, reavivó en mí las sensaciones vividas en el taller de Aragón (que pude visitar gracias a la amistad y colaboración con Claudia Aragón y María Cecilia Benac), lugar donde la indisoluble conexión entre la vida y la obra se manifiesta con admirable fuerza, y donde el lema del artista alemán Joseph Beuys “Todo hombre es un artista”, adquiere particular credibilidad; en el taller de Aragón se respira una atmósfera extática, saturada de oportunidades para lo inesperado..., se respira un gran “campo morfogenético”, atravesado por una visión de la vida, no fideísticamente religiosa, sino profundamente “sagrada”; se percibe algo que evoca un tipo de sacralidad inmanente, misteriosa, tremenda y fascinante, como escribía el teólogo Rudolf Otto en 1917; se respira un arte entendido como rito fundacional de nuevas subjetividades y como producción de “realidades aumentadas”, no en términos digitales, sino en términos de contemplación psíquica; se respira un “campo total relacional”, como diría el filósofo y alpinista noruego Arne Næss; en el taller de Carlos Aragón, se oye el respiro ígneo del inconsciente colectivo, secreto instigador de artistas, místicos y poetas, que hoy es el único antídoto posible para curar el “agotamiento nervioso global” que la humanidad está sufriendo; y desde ese “laboratorium oratorium”, se sale deseando la radical refundación de lo humano y su ilimitada expansión relacional.

Roma, ottobre 2025

Nicola Feruglio

Escritor y presidente de Antropología Tercer Milenio